

El Siglo de Oro y las Españas: propuesta de una nueva lectura americana del *Quijote*

Mary M. Gaylord, *Harvard University*¹

En una dedicatoria deliciosamente juguetona, Cervantes ofrece al Duque de Lemos, no sólo el *Quijote* de 1615, sino también una fábula que atestigua el éxito de la primera parte de la obra. Es la curiosa historia (¿seguramente apócrifa?) de la carta que le ha escrito 'el grande emperador de la China', quien, enterado ya de las excelencias de la historia del ingenioso hidalgo, se propone fundar en su reino un colegio para la enseñanza del castellano, en el que dicha historia servirá como texto principal, y su famoso autor será nombrado rector. Este naturalmente protesta la imposibilidad material de tal desplazamiento, poniéndose al servicio de su ilustre patrón, entonces Virrey del menos remoto reino de Nápoles. Pero lo que el personaje prologal niega, la mano invisible del autor ha puesto irrevocablemente sobre la mesa, a saber: una visión 'ultramarina' de su obra, una lectura desde fuera, enmarcada no solamente por la realidad peninsular ni siquiera europea de su día (como ocurre en la Aprobación del licenciado Márquez Torres, con su insistencia en la entusiasta recepción francesa de *La Galatea* y las *Novelas ejemplares*), sino por una geografía imperial *mundial*, y un contexto radicalmente otro. Cervantes, el que quiso ir a las Indias y no pudo, el que limita a su protagonista a un ámbito peninsular, imagina a su gran obra, 'compañera del Imperio' con la lengua española, como lo quería el gramático Nebrija. Su pluma prologal parece correr 'sin empacho alguno' por el 'largo y espacioso campo' de un espacio imaginado-real que es ya definitivamente *global*.

¿Qué es lo que le autoriza a Cervantes a imaginar su gran obra 'maestra ya' de mundos? ¿Tenía dotes proféticas de esas que le podía envidiar su célebre personaje? Aunque el autor sin duda se congratula aquí del éxito muy real e internacional de la *Primera Parte* de su novela (recordándose además a su odiado rival 'Avellaneda'), la anécdota sorprende por la extraña presciencia que sugiere. De hecho la perspectiva histórica de casi cuatro siglos nos permite dar la razón al escritor que nos dio el libro más extraordinario escrito en su lengua y acaso el más usado en la enseñanza de ella. Pero al mismo tiempo, ¿no tenemos que suponer que se trata de un caso más de la fina ironía cervantina, de un guiño de ojo de quien, habiéndose burlado desde el comienzo hasta el fin de su obra de la vanagloria de su protagonista, es capaz de reírse, a la hora de poner los últimos toques al manuscrito, de su propia hambre de celebridad? Sin duda alguna.

Sin embargo, creo que el mismo guiño de ojo tiene algo más serio que comunicarnos (¿sería un gesto consciente por parte del sabio escritor?) acerca de la importancia del *marco*, o de *los marcos*, que enfocan nuestra

lectura de éste y de cualquier otro texto, y de la manera en que el marco elegido inevitablemente condiciona nuestra recepción de ellos. Aunque se trate tan sólo de un vuelo más de la fecunda fantasía de don Miguel, ¿no es una manera de decirnos (con ecos de Marco Polo y Colón) que el mundo ficticio de la obra, espejo siempre de la ‘realidad’ vivida, abarca los espacios de una nueva geografía y los acontecimientos de un capítulo mundial de la historia nacional? Ya nos lo había recordado Cervantes más de una vez en sus textos: la imaginación es capaz de atravesar no sólo largos y espaciosos campos, sino nuevos continentes y hasta mares en su búsqueda de lo posible. A la hora de instruirle a Sancho en el arte del buen gobierno, Don Quijote lo ve ya enfrentado a los vasallos típicamente rebeldes de ‘los reinos y provincias *nuevamente conquistados*’ (I.15); entre los combatientes de los ejércitos ovejunos ‘ve’ a un caballero de la Nueva Vizcaya (I.18); la comedia nueva de Lope amenaza llegar a tierras americanas en su expansión desmesurada (I.48); a Dulcinea misma se la imagina enseñando ‘a subir a la jineta al más diestro cordobés *o mejicano*’ (II.10); y al propio corcel de la fantasía, al Clavileño, le es asignado un itinerario que lo tiene ‘hoy [...] aquí, y mañana en Francia, y otro día *en Potosí*’ (II.40).

Pero si están presentes estas y unas cuantas más alusiones al entonces Nuevo Mundo, es igualmente cierto que tanto los ojos del alma cervantina como los de su cuerpo parecen haberse limitado a personajes, espacios, eventos e itinerarios domésticos. Don Quijote, como su autor histórico, se queda en sólo una de las Españas, principalmente en Castilla; se detiene en la orilla del Mediterráneo; no pasa a Nápoles, ni siquiera llega a contemplar el ‘Mar Océano’. En todos los episodios ficticiamente ‘vividos’ por sus personajes, la novela se ve plenamente comprometida con una realidad castellana, manchega, europea y mediterránea, con su pasado real-mítico (Carlos V, Gonzalo Fernández de Córdoba, Lepanto; el Rey Rodrigo, Sansueña, Rodrigo de Narváez, etcétera), con su presente conflictivo (la Santa Hermandad, la cuestión de los moriscos), y con su destino. Es muy lógico, por lo tanto, que hayamos leído el *Quijote* como un libro del ‘Viejo Mundo’, como obra cumbre del Siglo de Oro español y como clásico universal de los albores de la modernidad europea. Es más: con una sola excepción (*La Araucana* de Ercilla, I.6), los horizontes *textuales* invocados explícitamente en la obra abarcan un mundo *literario* que también es claramente europeo; y no solamente europeo, sino predominantemente *ficticio*. En la biblioteca del ingenioso hidalgo, que sepamos, no se encuentra un solo tomo de Historia, aunque éste alude a su conocimiento de las ‘verdaderas historias españolas’ (II.58), al contemplar las imágenes de sus santos. La famosa contienda de la Historia con la Ficción en I.32 parece resolverse a favor de ésta; el contexto imaginativo predilecto de los personajes de la novela es claramente el de la fantasía; y los gestos autorreferenciales del autor (exceptuando la mención de ‘un tal de Saavedra’, I.40, y las expresiones defensivas del Prólogo de 1615) evocan a éste en su calidad de creador, no de actor histórico. Y es artículo de fe entre cervantistas

(e.g., Wardropper) que la insistencia de los narradores del *Quijote* en 'la verdad de la historia' es puro juego intelectual, sacado en ficciones anteriores (*Amadís* entre otros) y de textos de historia burlesca (Antonio de Guevara, Miguel de Luna), nunca de la historia seria de su día.

Dados estos marcos comunes de lectura, no es de sorprender que se haya leído al *Quijote* no sólo como un libro europeo, sino también como un libro quintaesencialmente *ficticio*: como la obra que da a la literatura universal la fecunda fórmula *del libro que se construye discurrendo sobre el arte de hacer un libro, la ficción sobre la construcción de una ficción*. Y es el mismo Cervantes quien nos invita implícita y explícitamente a buscar las raíces de su novela y el origen de la locura de su protagonista no en acontecimientos históricos, sino en un diálogo imaginativo con las modalidades literarias de su día (libros de caballerías, de pastores, de pícaros; novela bizantina y *novella*; romances y literatura 'morisca'; épica seria y burlesca; poesía italianizante; misceláneas y refranes). ¿Cómo explicar, entonces, desde este silencio sonoro, el curioso detalle, que puede parecer una broma más a costa de su protagonista y suya, de que con su última palabra autorial nos haya recordado la posibilidad de *otra lectura* de su obra, de una lectura radicalmente descentrada y transplantada (en virtud de un viaje ficticio y otro potencial), de una lectura desde *el lugar del Otro*, en el mundo nuevamente ampliado, fabulosamente histórico, que compartiera Cervantes con sus lectores y contemporáneos?

Aquí recorro a otra anécdota, la de ese otro viaje real-imaginario que ha sido mi propio itinerario de lectora y profesora durante los últimos años. Es sin duda la historia de una lectura 'desde el lugar del otro', en este caso una lectura realizada desde mi propia otredad radical de académica, norteamericana, angloparlante, protestante, mujer. En 1989 acepté el reto de ofrecer un seminario sobre las crónicas de Indias para llenar una laguna curricular en el área de la literatura hispanoamericana colonial. Con el título deliberadamente abierto de 'Literatura de la conquista' (con minúscula), propuse una lectura de las crónicas que partiera de sus reconocidas fuentes en la literatura heroica europea y que hubiera de terminar buscando sus reflejos (pensaba entonces en Lope de Rueda, Lope de Vega, Góngora, Ruiz de Alarcón) en la imaginación áurea. Pero quiso la suerte que en el mismo semestre, y en gran parte con los mismos alumnos, me tocara dar otro curso sobre el *Quijote*. Ante aquella lectura simultánea de uno y otro *corpus*, me quedé literalmente asombrada: día tras día repetí la experiencia de leer páginas de libros muy distintos que parecían mirarse como en espejo, hasta el punto de que casi me ocurriera en alguna ocasión confundirme acerca de qué texto estaba leyendo. Unos de estos autores cultivaban la Poesía o la ficción en prosa, y otros se dedicaban al relato histórico (Historia, crónica, carta de relación); pero todos luchaban visiblemente con los mismos demonios: los mismos modelos épicos y caballerescos, la misma retórica de la autoridad historiográfica, los mismos peligros y paradojas de la representación verbal escrita. Si es cierto que

Cervantes se acuerda del Nuevo Mundo *para nombrarlo* en poco más de una docena de ocasiones en su gran novela, es igualmente cierto que la obra comparte un número verdaderamente asombroso de sus *temas* con la literatura de la Conquista americana, a saber: la exploración y conquista de tierras desconocidas, el encuentro alienante y desorientador con los ‘bárbaros’ y con una naturaleza ‘monstruosa’, el acto de dar nombre a lugares y habitantes, las artes de navegación y cartografía, el conflicto entre lo escrito/ leído y lo visto, la cordura o locura del héroe osado; la misión eurocristiana de la salvación de almas; el hambre de la Fama; el ‘self-made man’ del Renacimiento, constructor de la propia identidad; los valores, ritos de iniciación y estilos del código caballeresco y del combate militar; el honor personal y nacional; la guerra justa y sus despojos, ganancia de territorios, riquezas, títulos y súbitos, justificaciones de la esclavitud; el buen gobierno, en especial el de las ‘ínsulas’ y de ‘los reinos y provincias nuevamente conquistados’, diplomacia epistolar y burocracia notarial, la puesta en ejecución de la *Ley*, rebeldía ‘natural’ de los nuevos vasallos; rivalidad entre la conquista (y vocación) militar y la religiosa, el poder de la palabra versus el poder de las armas; los choques y confusiones ocasionados por un multilingüismo y un multiculturalismo omnipresentes; visiones de la Utopía y del paraíso terrenal (e.g., Edad de Oro [DQ I. 10–14], Jauja [II.59]) y la búsqueda de nuevos espacios de libertad individual; la escritura de la Historia, sus usos nacionales y personales, su fidedignidad, la rivalidad entre historiadores, la posibilidad misma de decir verdad; hasta la aparición en el campo de batalla de Santiago Matamoros (II.58).

Pasar lista a estas coincidencias puramente temáticas es decir mucho y al mismo tiempo es decir poco. No es todavía, claro está, descubrir los precisos vínculos textuales, las relaciones directas de estilo o de pensamiento que pudieran transformar nuestro concepto del sentido y de la forma de la *Historia del ingenioso hidalgo*. Pero estoy convencida de que estos vínculos y relaciones sí existen: de hecho son el tema de un libro que tengo en curso. Creo que se puede demostrar que Cervantes conocía la historiografía de Indias, en prosa y en verso, tan a fondo como la literatura heroica que fue una de sus fuerzas motrices. Creo además que estaba familiarizado con la polémica ideológica en torno a la Empresa de América lo suficientemente como para poder criticar con un detalle brutal las prácticas discursivas del gobierno transatlántico de los territorios recién conquistados, poniendo en boca de sus protagonistas palabras citadas de los mismos conquistadores, predicadores y legisladores; palabras en las que luchan siempre el idealismo y la ambición, palabras no infrecuentemente reñidas con las obras que acompañan. Conocería las rivalidades historiográficas de los cronistas de Indias, un drama que culmina con la publicación en 1632 de las memorias de Bernal Díaz, pero cuyos episodios serían perfectamente observables desde mucho antes de esta fecha, y bien antes de que el editor de Bernal acuñara su memorable título; y reconocería en la ‘historia de la Historia’ no solamente una fórmula idónea para la fabricación de la ficción, sino un

perfecto espejo serio-burlesco para sacar la imagen fiel de las angustias genealógicas, políticas y epistemológicas de su cultura.

Pero no es necesario pasar a la documentación de fuentes textuales, y mucho menos a toda una nueva interpretación del texto clásico, para concluir que casi todos los temas citados (amplia, repetida e insistentemente tratados en los textos históricos) tendrían que despertar, necesariamente, para los lectores europeos contemporáneos de Cervantes, poderosas resonancias americanas. En realidad sería prácticamente imposible que las vicisitudes del caballero manchego no hubiesen dejado en la mente de éstos algún aspecto de la aventura ultramarina, algún dato recordado de las mismas crónicas, de alguna carta recibida de un pariente emigrado, de un cuento fabuloso narrado por un indiano. En todo caso, una vez que prestamos el oído a sus múltiples resonancias novomundiales, sobre todo en el mundo intelectual post-1992, resulta mucho más difícil pensar en el *Quijote* como un libro de ficción europeo que se ocupa principalmente de otros libros de ficción también europeos.

Y, si es verosímil el panorama que vengo esbozando en estas notas para una nueva lectura de *Don Quijote*, ¿no tenemos que reconocer que la misma argumentación hace urgente también la relectura de muchas otras obras del canon áureo? ¿De obras que como el *Quijote*, no prodigan menciones tópicas de la España transoceánica (pueden no hacer ninguna), pero cuyos mundos imaginados llevan la estampa de una nueva visión del espacio, de la lengua y del ser humano con sus aspiraciones y sus preocupaciones? ¿No hemos afirmado todos nosotros, en clases, conferencias y artículos, que la obra maestra de Cervantes es una especie de *summa literaria* de su época, recogiendo en sí sola (como dijera Herrera del soneto) cuantas materias, formas y géneros de escritura florecían en su día, reconstruyendo y deconstruyéndolos, haciendo visibles su secreta lógica interna y su razón de ser? Pues estos géneros ¿no se nos pueden revelar también, con otra óptica, no solamente como herederos de sus modelos clásicos antiguos, sino necesariamente como géneros cuya creación y cuya recepción popular tuvieron lugar dentro de una conciencia cultural radicalmente transformada por los viajes de exploración? Piénsese, por ejemplo, en la pastoril y la caballerescas (naturaleza edénica, naturaleza humana entre ideal y bestial, mezcla de historia y poesía, alternación de meandros solitarios con encuentros sorprendentes, geografía abierta); en la picaresca (desplazamiento físico y social acompañado de peligro moral); el teatro nacional (obsesión con el decoro, con la identidad y la historia nacionales); la poesía culta (preocupación con la *traslación* y con la capacidad de transformación y autotransformación de la lengua española) y la poética (unidad y variedad, lo maravilloso y lo verosímil, Historia y Poesía, misión civilizadora de la Poesía, nacionalidad de la escritura); la ascética (neostoicismo, definición del mundo en términos de lo propio y lo ajeno, dominio de lo otro y de uno mismo; angustias epistemológicas del escepticismo) y la mística (con la mira puesta en mundos nunca oídos ni

vistos); sin hablar de la labor historiográfica en sus múltiples formas, siempre enfocada simultáneamente en los orígenes y destinos de una comunidad, y en esta época fascinada, ya de burlas, ya de veras, con la cuestión de su propia verdad.

Lo más urgente para nosotros como hispanistas, a mi modo de ver, en estos últimos años del siglo, es buscar la manera de devolver a la comunidad lingüística y cultural hispánica de los siglos XVI y XVII *lo que tenía de unidad*. No ya para preparar el retorno a una 'edad de oro' que borrara distancias y diferencias reales, mucho menos para subsumir uno de sus 'mundos' al otro, pero sí para trascender las barreras construidas por patriotas y profesionales de la literatura (la misma definición de nuestros campos de estudio, por ejemplo, en Siglo de Oro español por una parte y Literatura Hispanoamericana Colonial por otra), que limitan artificialmente nuestro acceso a los sentidos de una herencia textual que es tanto más rica cuanto más compartida. Sospecho que a Cervantes le habría encantado que al hijo de su entendimiento (a *Don Quijote*) se le hubiese propuesto, de nuevo, como embajador cultural transoceánico.

NOTAS

- ¹ Esta ponencia aparece aquí en la forma leída en Birmingham en agosto de 1995 por lo que se debe leer como muestra de un trabajo en desarrollo.